
EL ANÁLISIS ECONÓMICO DE LA POLÍTICA ***Entrevista con John Ferejhon***

César Cansino*

Los nombres con que se conocen los enfoques de la elección racional son muy diversos: *Theory of collective choice, rational choice model, formal political theory, mathematical political theory, etcétera*. Por comodidad hemos optado aquí por el denominativo “análisis económico de la política” que, no obstante sus imprecisiones, indica con alguna pertinencia la característica común de sus partidarios: la adopción de la típica estrategia deductiva propia de la ciencia económica para el análisis de los fenómenos políticos.

Es precisamente esta característica la que distingue a estos enfoques tanto de la Ciencia Política como de la filosofía política tradicionales. A decir de algunos de sus representantes, el análisis económico de la política es el único que permite rigor científico, así como elaborar hipótesis y generalizaciones consistentes sobre los fenómenos políticos, superando el nivel meramente empírico-descriptivo de la Ciencia Política comportamentista y poscomportamentista. Si se consideran las pretensiones de objetividad y rigor de la Ciencia Política de los años cincuenta y sesenta en Estados Unidos, es fácil entender por qué un enfoque como el que nos ocupa tuvo un desarrollo tan importante desde sus orígenes hasta constituirse en el

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

sector más prominente de la Ciencia Política contemporánea. Sin duda, la utilización de la metáfora del mercado, avanzada originalmente por Joseph Schumpeter en *Capitalismo, socialismo y democracia* (1974) para analizar la democracia, abrió la posibilidad de analizar la política a través de un trabajo científico riguroso y mediante complejas matematisaciones y sofisticadas estadísticas. En la base de este auge inusitado cabe mencionar la creciente ampliación del campo del análisis económico hacia aspectos de la vida individual y colectiva aparentemente ajenos a las actividades mercantiles.

Pese a la diversidad de intereses y tópicos abordados por los muchos autores que confluyen en esta perspectiva de análisis, es posible encontrar algunos puntos en común. En primer lugar, todos ellos intentan, como ya se señaló, modelar el estudio de la política sobre el modelo de la economía. En segundo lugar, emparentan al gobierno y a la política con los mercados. Así, los políticos, burócratas y votantes son concebidos como maximizadores de su propio interés, como individuos que buscan beneficio en forma de poder, votos, decisiones, etcétera. En tercer lugar, proceden por asunciones o axiomas sobre los motivos y conductas humanas, de donde se deduce la lógica de las instituciones y las implicaciones de las políticas. En cuarto lugar, parten de un enfoque metametodológico, el “individualismo metodológico”, el cual argumenta que:

a) Todo fenómeno social se deriva de las propiedades y conductas de los individuos;

b) Los actores políticos son entendidos como maximizadores de intereses materiales individuales.

En ese sentido, quinta y última característica, parten de un concepto fuerte de racionalidad individual o de la acción racional, regular, que como tal es susceptible de ser analizada y generalizada.

Uno de los representantes más reconocidos del análisis económico de la política es sin duda John Ferejhon, cuyas opiniones en la entrevista que sigue resultan sumamente ilustrativos sobre las características, limitaciones y perspectivas de estos enfoques dentro de la Ciencia Política contemporánea.

Se deben a Ferejhon una gran variedad de libros y ensayos, pero sin duda el trabajo más conocido de todos es su libro *The Personal Vote* (1987).

* * *

Usted es ampliamente conocido por su contribución a la teoría de la elección racional en Ciencia Política. ¿Cuál es su propio balance en relación a tal contribución?

Mi principal interés a lo largo de casi toda mi carrera ha sido entender cómo trabajan las instituciones políticas y, más específicamente, observar los efectos de las instituciones políticas sobre las elecciones hechas por los actores; es decir, ver si tales instituciones pueden ser entendidas como un sistema de incentivos que motiva a los actores políticos o económicos a comportarse de la manera en que lo hacen. Igualmente, me interesa ver cómo las instituciones pueden costreñir las elecciones de los actores.

La mayor parte de mi trabajo parte de esta idea general; es decir, intentar entender los efectos de las diferentes estructuras institucionales sobre las elecciones y políticas producidas en diferentes ordenamientos políticos. Asimismo, para determinar lo anterior, busco entender cómo es que las propias instituciones son elegidas o cómo evolucionan, crecen, decaen o cualquier otra cosa que suceda con ellas. Desde la perspectiva de la elección racional, uno tiene siempre que preguntarse estas interrogantes. En primer lugar, ¿cuáles son los efectos de las instituciones sobre el comportamiento? y, en segundo lugar, ¿cómo estas instituciones evolucionan a la luz de tales efectos? A esta perspectiva de análisis se le conoce en la actualidad como “neoinstitucionalismo”, aunque yo prefiero llamarla como la versión de la elección racional del institucionalismo.

¿Qué instituciones políticas en lo particular han ocupado su interés?

Considerando que el neoinstitucionalismo intenta entender las elecciones en la evolución de las instituciones, así como en el crecimiento y la decadencia de éstas, yo me he concentrado sobre todo en instituciones como el Congreso de Estados Unidos, pero adicionalmente me he interesado en la evolución de lo que podríamos llamar las instituciones democráticas tem-

pranas de la Inglaterra del siglo XVII. Es decir, mi interés toca un aspecto de desarrollo político.

En la perspectiva de la elección racional, los gobiernos y la política son vistos como similares al mercado. Los gobernantes y los políticos en general son observados casi exclusivamente como maximizadores de su propio interés en forma de poder, votos, etcétera. Esta forma de ver la política vino a significar un cambio definitivo en la concepción de la Ciencia Política. ¿Es la teoría de la elección racional un nuevo paradigma dentro de las ciencias sociales?

Quisiera desafiar las premisas de su pregunta. No existe en la teoría de la elección racional una asunción básica en el sentido de que las instituciones políticas sean como los mercados. La única manera en que son similares, es en la hipótesis de que toda institución constriñe las elecciones y provee incentivos a los actores para tomar decisiones. Eso es verdad tanto para los mercados como para las instituciones políticas. En ese sentido, los mercados son en realidad una clase muy especial de instituciones políticas. Se puede pensar que las instituciones políticas abarcan a los mercados como a otras muchas cosas.

En segundo lugar, otro aspecto equivocado en la pregunta es que no hay una asunción en el sentido de que los actores sean materialistas o egoístas. La única asunción que existe es que los actores tienen fines y preferencias, independientemente de dónde provengan. Los actores pueden ser completamente altruistas o totalmente individualistas. La teoría pura de la elección racional no tiene nada que ver con el contenido de las preferencias. Verlo de otra manera sería equivocado. Ciertamente, existen economistas que adoptan esa perspectiva de la teoría de la elección pública, pero un científico de la política, y pienso aquí en autores como Tullock o Riker,¹ no debería tomar en absoluto una posición como ésa. Prácticamente ningún interés científico de la política consideraría que la elección racional tienen algo que ver con el interés individual.

¹ Del primero puede consultarse J. M. Buchanan y G. Tullock, *The Calculus of Consent*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1978; y del segundo, W. Riker, *The Theory of Coalitions*, New Haven, Yale University Press, 1962.

Asimismo, no es cierto que la teoría de la elección racional sea discontinua o esté en conflicto con otras aproximaciones. Lo que es diferente con la teoría de la elección racional es que esta perspectiva pone al frente de la investigación científica el problema de cómo cualquier conducta o institución que se quiere explicar es consistente con elecciones individuales. Es en este sentido, es decir, en la peculiaridad de esta orientación que en algunos casos puede llamarse deductiva, que la explicación de la elección racional se da en el nivel de lo individual.

Personalmente, no creo que otras aproximaciones, como el funcionalismo, sean necesariamente hostiles hacia esta perspectiva. De hecho, con frecuencia no existe diferencia entre la elección racional y el funcionalismo en la explicación de las instituciones. Más aún, muchos estudios de la elección racional son criticados por ser demasiado "funcionalistas"; es decir, llegan a conclusiones del tipo "esta institución creció porque fue más eficiente", que no es más que un argumento funcionalista.

La diferencia entre el enfoque de la elección racional y el enfoque funcionalista puro es que el primero, dado que se pregunta cómo las instituciones son compatibles con individuos que tienen preferencias específicas y eligen de manera descentralizada y autónoma, no sólo provee una explicación funcional sino también mecanicista. En otras palabras, la explicación funcionalista por sí sola es incompleta, aunque no necesariamente errónea. Es incompleta, pues no ofrece una explicación de las instituciones a nivel de todos los actores individuales que como tales tienen elecciones que hacer. En síntesis, no responde a lo que considero es la pregunta fundamental de la elección racional: ¿qué es lo que elige un individuo que tiene la oportunidad de elegir y por qué lo elige?

Esa es la principal diferencia. No es que la elección racional sea un enfoque discontinuo, sino que pone en evidencia y trata de superar los límites de otros enfoques. En consecuencia, no considero que el enfoque de la elección racional sea totalmente diferente, sino que se empalma con los existentes.

¿Cuál es el estado del arte de las investigaciones realizadas dentro de este sector?

Al menos en lo que se refiere a la parte en la que yo me he interesado, ob-

servo que la gente se está concentrando cada vez más en cómo pensar y describir a las instituciones. Pero de este problema surgen muchos otros que no pueden evadirse. Así, por ejemplo, si bien existe una gran cantidad de ideas sobre las instituciones políticas, así como diversas tradiciones de pensamiento o sistemas de ideas que proveen las bases cognitivas para pensar sobre las elecciones en las instituciones, no contamos aún con una manera plenamente convincente para observar esta suerte de elenco disponible de instituciones. Sin duda, esto constituye una especie de laguna para quienes desde la elección racional intentamos conceptualizar el problema. Sin embargo, muchos investigadores han comenzado a enfrentarlo. En lo personal, lo he intentado a través de entender las conexiones o interfaces entre la explicación desde la elección racional del comportamiento político a nivel de la descripción positiva y la explicación de la elección racional a nivel de la interpretación, es decir, de un enfoque hermenéutico.

Esta propuesta no es tan descabellada, pues entre el enfoque de la elección racional, positivamente asumido, y los enfoques hermenéuticos existen grandes afinidades. De hecho, el enfoque de la elección racional no es otra cosa que una explicación del comportamiento basada en hipótesis sobre individuos que tienen metas y preferencias subjetivas. Más aún, me parece que el enfoque hermenéutico hace una gran contribución para pensar cómo pensar a las instituciones; es decir, para conceptualizarlas y descubrir cómo la acción social puede ser construida dentro de ellas. Éste es, en síntesis, el tipo de problemas que preocupan en la actualidad a este sector de investigación.

En diversas oportunidades, el politólogo Gabriel Almond ha criticado los enfoques racionalistas.² Entre otras cosas, Almond considera que estas perspectivas pueden conducir a distorsiones empíricas y normativas si no son empleadas en combinación con ciencias como la historia, la sociología, la antropología, la psicología. Por otra parte, sostienen

² Véase, por ejemplo, G. Almond, *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science*, Newbury Park, Sage, 1990.

que no se toma en cuenta la dinámica de los procesos y sólo puede conducir estudios de micropolítica. ¿Qué opinión le merecen estos cuestionamientos?

En un nivel muy general coincido con Almond en que el enfoque de la elección racional necesita tomar en cuenta perspectivas históricas o desarrollistas, así como, en alguna medida, perspectivas sociológicas y psicológicas. Sin embargo, no coincido en la manera de efectuarlo. Como señalé en otra respuesta, los enfoques de la elección racional no dicen nada o dicen muy poco sobre lo que debe considerarse como una preferencia, es decir, las teorías que generalmente empleamos dejan abierto ese tipo de cuestiones. De ninguna manera estamos cerrados a tratar de establecer qué tipos de cosas son tomadas como preferencias por los diferentes individuos dependiendo de las circunstancias, pero no necesariamente existe una asunción en el sentido de que las preferencias adopten una forma particular. Este es precisamente un aspecto que hace relevante tomar en cuenta datos sociológicos, psicológicos o económicos.

La segunda cuestión que queda abierta es que los enfoques de la elección racional establecen condiciones estructurales sumamente débiles sobre lo que puede considerarse como creencias. Aquí, nuevamente, sólo tenemos las restricciones más débiles sobre lo que son creencias admisibles, y una gran cantidad de la teoría depende de eso. En otras palabras, si los actores tienen diferentes creencias cognitivas –creencias sobre las formas en que las instituciones o prácticas funcionan–, ellos realizarán también diferentes elecciones, lo cual es perfectamente compatible con la propia teoría de la elección racional, pues si se llenan las creencias de diferente manera, simplemente se obtienen diferentes predicciones. Esta es pues otra área que nos concierne, aunque la información respectiva debe buscarse en otras perspectivas.

Por otra parte, retomando el problema de la asociación entre política y mercado, para el enfoque de la elección racional el mercado es considerado como una institución más, si se quiere muy especial, dentro de la familia de todas las posibles instituciones. El problema es por qué en ciertos casos elegimos usar los mercados de entre las muchas otras formas políticas de arreglarnos como individuos. En consecuencia, no es que el enfo-

que de la elección racional analice a las instituciones como el mercado, sino que considera a los mercados igual que a las otras instituciones. De hecho, una crítica recurrente de la moderna economía del bienestar, desde el punto de vista de ciertos economistas conservadores como James Buchanan, consiste precisamente en que convierte al mercado en una institución política. Más específicamente, Buchanan dirige sus críticas a economistas como Kenneth Arrow, quien desarrolló una teoría económica compatible con el socialismo de organización estatal, pues tal perspectiva no permite refutar a las instituciones socialistas o centralizadas (basadas en mandatos) de la misma manera que se hace con las instituciones de mercado no centralizadas.³ En consecuencia, resulta irónico que estos cuestionamientos se hagan en contra de la elección racional, siendo que es precisamente este enfoque el que “politiza” a las instituciones económicas, más que “mercantilizar” a las instituciones políticas.

Es precisamente en ese sentido que la discusión es falsa. Sin embargo, sí existe un acuerdo entre todos los que nos ocupamos de la elección racional en el sentido de evaluar a las instituciones en términos de sus consecuencias. Más específicamente, consideramos que la única manera de establecer si una institución es mejor que otra o si es preferido por un actor u otro, es observando sus consecuencias, es decir, por los resultados de políticas, por las elecciones tomadas por una institución u otra. Bien, eso sí es una restricción definitiva, pues es posible que en muchos casos sintamos preferencias personales sobre realizar ciertas elecciones dentro de los diferentes marcos institucionales, por lo que estamos valorando directamente sobre las instituciones. Esto sí es algo que se nos puede criticar con algún sentido. El reto sería aquí encontrar una fórmula para considerar tanto las propiedades intrínsecas de las instituciones como sus consecuencias de una manera compatible con el enfoque de la elección racional. Sin embargo, no he visto todavía alguna tentativa que se encamine en esa dirección.

Si aceptamos que los científicos de la política no son solamente obser-

³ Sobre este debate puede consultarse J. Buchanan, *The Economics of Politics*, West Sussex, Institute of Economic Affairs, 1978. Por su parte, el trabajo clásico de K. Arrow es *Social Choice and Individual Values*, New York, Wiley, 1951.

vadores, sino que con frecuencia también son actores políticos, ¿que repercusiones prácticas puede tener una educación política orientada sobre la base de la elección racional?, ¿qué tipo de responsabilidades éticas emergen?

De nuevo, desafío aquella parte de su pregunta sobre si existe o no alguna implicación ética en los enfoques de la elección racional. En primer lugar, desde hace más de 300 años existe un proyecto en la teoría ética y también en la teoría política que trata de entender a la ética o a la conducta o a la elección moral en términos de lo que es racional. Más específicamente, trata de encontrar una racionalidad que explique la elección moral o ética. Se trata de un proyecto no tanto por que no tuvo éxito, sino por su centralidad dentro de la cultura moderna. En efecto, en nuestra era hay algo que nos dice que sin Dios, sin algo más, sin un orden natural o una cosmogonía –si se quiere explicar a los demás por qué deberían ser morales, por qué deberían elegir la cosa ética–, prácticamente no existe otro lugar más que recurrir a la razón. En ese sentido, este comentario nos dice mucho de la manera en que vivimos pero también nos demuestra que la razón, la elección racional es la mejor forma para enraizarnos moralmente de manera compatible con la vida moderna, es decir, para sociedades cada vez menos reconocidas en una particular visión cosmogónica.

En consecuencia, debo rechazar rotundamente la supuesta antítesis entre elección racional y moralidad. Ciertamente, así como es obvio que la gente es capaz de confundir una predicción de una teoría con una recomendación, también es posible que ciertos estudiantes confundan las consecuencias de comportarse de manera racional en un ordenamiento institucional, como considerar que en ciertas circunstancias votar no es racional. Pero el verdadero punto es que debemos entender los mecanismos democráticos que estamos usando, como votar o los incentivos para hacerlo, y si deseamos desarrollar una conducta según la cual los votantes se interesen por informarse para votar y ser así mejores ciudadanos, la perspectiva de la elección racional contribuye a entender las estructuras de incentivos presentes en los procedimientos democráticos. En síntesis, para proporcionar un sistema que permita a la gente comportarse moralmente es bueno entender las consecuencias del conjunto de alternativas de los sistemas.

Es por ello que decir que votar es un problema meramente de incentivos no es en absoluto una recomendación moral de la elección racional, sino simplemente una apreciación de lo que pasa realmente en el caso de que las instituciones se comporten de cierta manera. En consecuencia, creo que la cuestión ética está basada en una suerte de confusión entre teoría científica y recomendación moral.

Pareciera ser que la Ciencia Política contemporánea, definida básicamente por enfoques como el de la elección racional o la teoría de juegos, camina cada vez más hacia el empleo de métodos estadísticos y cuantitativos rigurosos. ¿Significa esto un virtual abandono de la Ciencia Política conductista y posconductista y el inicio de una nueva etapa de una disciplina en búsqueda de un cada vez mayor científicidad?

El enfoque de la elección racional está ganando cada vez mayores espacios en la disciplina, principalmente en lo que se refiere al estudio de las instituciones políticas más importantes. Sin embargo, a nivel de un ejercicio riguroso, todavía existe un número reducido de especialistas. Pero más allá de este grupo pequeño de autores rigurosos, el enfoque de la elección racional ha influido a un creciente número de estudiosos, quienes no necesariamente siguen fielmente sus presupuestos. El problema es que todavía existe confusión sobre lo que actualmente se está haciendo y lo que podría hacerse con esta perspectiva de análisis, aunque muchas de sus metáforas o ideas hoy son plenamente compartidas por quienes buscan entender la realidad política.

Quizá la metáfora más influyente de todas las propuestas por la elección racional es la teoría de las elecciones, o más específicamente, el modelo espacial de las elecciones popularizada por Anthony Downs, que no es otra cosa que una metáfora para entender la competencia electoral.⁴ En el contexto de este específico modelo, existen en realidad pocas condiciones que nos permitan afirmar que un modelo espacial como el propuesto

⁴ A. Downs, *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, Harper and Row, 1957 (existe traducción al español: Buenos Aires, Paidós, 1965).

sería una buena manera para pensar sobre las elecciones, sobre todo para los especialistas de la elección racional que hoy trabajan sobre el tema. Sin embargo, lo que ha prevalecido es la manera particular de pensar o hablar sobre el problema, no sólo entre los profesores y los estudiantes, sino también entre los periodistas o los candidatos a cargos de elección popular. Se habla, por ejemplo, de todas las condiciones bajo las cuales es posible organizar las elecciones. Esa es, precisamente, una de las cosas que pasan cuando una perspectiva de análisis se vuelve formidable. Se generaliza o se distorciona, se vuelve metafórica.

Por lo que respecta al carácter cuantitativo de la elección racional, coincido plenamente en que este enfoque tiene un cierto rango formal, sobre todo por las herramientas que emplea, importadas en su mayoría de la economía, la teoría de juegos o la teoría de las decisiones. Como se sabe, la formulación de un problema en el dominio de la política se hará siempre en concordancia con las características de las herramientas que se emplearán.

Sin embargo, hay ocasiones en que ciertos aspectos del problema no pueden ser encarados con las herramientas disponibles. En este caso, la posición más cómoda sería decir que esos aspectos no son relevantes. Pero, obviamente, esto no siempre es verdad. Es aquí donde se vuelve necesario valorar otras formas de pensar el problema, como las perspectivas hemenéuticas que ya mencioné más arriba, en la medida en que aportan elementos para pensar sobre las instituciones. En lo personal, no creo que estas perspectivas estén peleadas con la elección racional, pues una de las cosas que hace única a la teoría de la elección racional es que al mismo tiempo que es una teoría positiva de la acción y que se formula sólo en términos de conductas (manifestaciones externas), es también una teoría intencional, una teoría sobre objetos mentales, sobre interpretaciones (estados internos). En ese sentido, el hecho de que la teoría de la elección racional parta de un elemento positivo, externo y observable, y de un elemento interpretativo, interno o mentalista, me empuja casi necesariamente a entender la realidad social. Como ninguna otra teoría, la elección racional me enseña que una explicación convincente de la realidad social tiene que considerar los aspectos mentales de los individuos, para lo cual puede

lucha contra lo imposible que conduce a Mitterand a la política y a Wiesel a la protesta a través de la escritura. Inevitablemente, surge el problema de Israel y Palestina. Para el presidente es difícil la solución: dos profetas, dos religiones, dos patrias y una sola tierra. Jerusalem, "Tierra quemada por la pasión".

Wiesel aborda un tema tabú: las relaciones de Mitterand con René Bousquet, figura importante en el gobierno de Vichy y francamente antisemita. Espera de Mitterand respuestas claras y francas, insiste, perturba. Pero el presidente relata serenamente los acontecimientos. Recuerda sí, mas le indigna el revuelo en torno a este asunto después de tantos años. No es fácil explicar los delgados hilos de aquella época dramática de la historia del mundo. El político dice estar en paz consigo mismo.

Las imágenes de la guerra se suceden. Wiesel piensa en alguien que se va, la despedida... Mitterand en la ruptura del horizonte para millones de hombres. Se vive al día, al minuto, en medio de la muerte. Recuerda el escritor las sinagogas incendiadas, la Noche de Cristal. Tal parece que los franceses no se daban cuenta en un principio del

terrible significado del nacionalsocialismo. Mitterand era un simple soldado de infantería en una guerra defensiva que parecía perdida de antemano. Fue hecho prisionero y escapó tres veces consecutivas para vivir en la clandestinidad y posteriormente en la Resistencia.

"¿Qué sabía usted de mi guerra que se abatió sobre los judíos como un rayo?", pregunta Wiesel. ¿Ciegos ante el horror o indiferencia? Churchill y Roosevelt sabían y guardaron silencio. Un ultraje a la conciencia humana comenta con toda razón el escritor. El peligro de una guerra nuclear obliga a Mitterand a ordenar la fabricación de armas atómicas para defender a Francia. Pero un accidente puede suceder insinúa Wiesel. La paz requiere paciencia infinita, imaginación y resolución, comenta Mitterand.

El presidente se revela como el gran estadista que presenta a la política como una ciencia de la acción pero sin olvidar jamás su dimensión estética. El arte de lo posible, la capacidad de guardar distancia y buscar el equilibrio, no perderse en los detalles. Importa el todo, es decir, Francia en el mundo cambiante de fines del milenio. Por ello, Mitterand no se aferra a sus

principios y actúa según las circunstancias que trata de comprender como el encadenamiento de los sucesos a través de las pasiones de los hombres, palabras que recuerdan a Maquiavelo. "Se necesita, dice, un don especial para ejercer el poder que reposa no sobre la ilusión que crea sino en la esperanza que encarna y que tal vez sea ilusoria". Quien ejerce el poder debe vigilar su naturaleza y extensión. Si es sabio, buscará contrapoderes para impedir los excesos y fortalecer las instituciones republicanas. Al fin y al cabo, insiste, el poder se juzga por sus actos: o bien se han acrecentado los sufrimientos, o bien se han reducido.

Ha habido momentos privilegiados en la vida de Francois Mitterand: cuando logró escapar de la

prisión, el día de la Liberación, sus triunfos en las elecciones políticas pero también una puesta de sol en Florencia o en Venecia. Una imagen retrata al presidente: la noche de su primera elección llegó a París en medio de una tormenta. A pesar de su alegría, la tempestad fue un símbolo de la dificultad de su tarea. Sabía que sólo le quedaba asumir plenamente su responsabilidad entre la incertidumbre y el acaso.

Francia fue la pasión de Francois Mitterand. A ella dedicó su vida y su talento. Es cierto que en el quehacer político siempre hay luces y sombras. Sólo la distancia permitirá el juicio sereno de sus contemporáneos. Hoy reposa en su tumba en la Jarnac de su infancia.

Lourdes Quintanilla Obregón

